



Agustín Barrios Mangoré

# MANGORÉ

## I

*“Tupá, el espíritu supremo y protector de mi raza, encontrome un día en un bosque florecido y me dijo: "Toma esta caja misteriosa y descubre sus secretos". Y encerrando en ella todas las avejillas canoras de la floresta y el alma resignada de los vegetales, la abandonó en mis manos. Tomela, obedeciendo el mandato de Tupá, poniéndola bien junto al corazón; abrazado a ella pasé muchas lunas al borde de una fuente. Y una noche, Jasy, retratada en el líquido cristal, sintiendo la tristeza de mi alma india, dióme seis rayos de plata para con ellos descubrir sus arcanos secretos, y el milagro operó: desde el fondo de la caja misteriosa, brotó la sinfonía maravillosa de todas las voces vírgenes de la naturaleza de América.” Mangoreré*

## II

En un lugar de la América que llaman el Paraguay, ha mucho tiempo ya que vivió un caballero de los de alma musical, ardiente pasión por la guitarra y una misión. Creció entre canciones, bailes y devotas lecturas y como la guitarra, ese instrumento peregrino, nunca desoye el llamado de su sino, como un antiguo trovador echaron a andar indetenible él y su música por los caminos de América.

Pero no cantaba canciones como aquellos medievales trovadores, las disfrutaba de otros y las iba guardando en su caja mágica. En su *caja misteriosa* guardaba los disfrutados zapateados, los choros, los chamamés. Encerraba valeses, cuecas, tangos, milongas y todos los bailes de la América Latina. Luego en soledad, a la luz de la Luna, los iba pacientemente transformando con su arte en delicadas piezas musicales, en breves cuentos sonoros que narraban la floresta, la noche andina,

la brisa del Caribe, *las voces vírgenes de la naturaleza de América*. Entonces las devolvía en conciertos de encanto que dejaba oír en su guitarra milagrosa.

Su misión: llevar la belleza a todos los rincones. Esparcir al viento sonidos como pólen. Tocar en grandes teatros y en sencillos espacios. Tocar para los cultos y para los que no lo son. No detenerse. Tocar, tocar. Tocar como Agustín o como Nitsuga. Tocar. Ser Barrios, ser Mangoré en una isleta del Caribe y en Madrid, en La Habana y en París. Con pajarita al cuello o con plumas en la cabeza. Seguir creando música para alumbrar el mundo.

Cien, doscientas, trescientas piezas para que suene la guitarra y sea grande y se respete y se goce, y siga su curso de modernidad. Guitarra de concierto, *caja misteriosa con seis rayos de plata*. No detenerse. Tocar vestido de frac o de Cacique guaraní. Tocar. Encantar. Obras propias y de clásicos europeos. Componer, vivir esa romántica locura en pleno siglo XX para dejar multitud de admiradores, de seguidores, de adoradores: una leyenda.

Es pues, de saber, que este sobredicho caballero guaraní los ratos que no andaba de guitarras (que eran los menos del año) se daba a leer libros de filosofía, libros de teosofía y cuanta letra interesante le encontrare y lo hacía con tanta afición, con tanto gusto, que él mismo comenzó a escribir y compuso incontables poemas y textos breves bien compuestos, llenos de belleza, de poesía. Belleza moldeada en castellano y también en guaraní, su lengua amada. Muchos se perdieron, pocos se conservan.

Dispersa igual iba su música. Apenas unas pocas fueron publicadas porque llegó a tanto su desprendimiento que componía y regalaba los originales en agradecimiento a atenciones recibidas o en homenaje a personalidades, sin hacer copias. Aún hoy muchas de esas piezas son tesoros en posesión de descendientes de amigos y conocidos suyos, tesoro disperso por los cuatro vientos de la América Latina. Gran parte se ha recopilado y publicado como se ha hecho con artículos, fotografías, escritos, programas de conciertos, correspondencia y discos gracias, en primer lugar, a la devoción de sus doce discípulos de El Salvador, donde vivió sus últimos años trasmitiendo los secretos de su caja misteriosa.

Frisaba su edad con los sesenta años, cuando detuvo el destino el raudo girar de su veleta, desde entonces alumbró su Arte nuestra América y recorre la Tierra como un fantástico cometa.

### III

#### EL BOHEMIO

Agustín Barrios Mangoré

!Cuán raudo es mi girar! Yo soy veleta  
Que moviéndose a impulsos del destino  
Va danzando en loco torbellino  
Hacia los cuatro vientos del planeta.

Llevo en mí el plasma de una vida inquieta  
Y en mi vagar incierto, peregrino,  
El Arte va alumbrando mi camino  
Cual si fuera un fantástico cometa.

Yo soy hermano en gloria y en dolores  
De aquellos medievales trovadores  
Que sufrieron romántica locura.

Como ellos, también, cuando haya muerto,  
!Dios solo sabe en qué lejano puerto  
Iré a encontrar mi tosca sepultura!